

—Una injusticia más, y grande, ¿pero cómo concluirá esto?

Un alguacil entró diciendo:

—El señor barón de Saint-Aubin.

—Que entre.

He aquí lo que pasaba entretanto en el pasillo.

El barón, que acababa de llegar al palacio por la citación del juez, se encontró frente á frente con Aurora y los guardias que la conducían.

La cogió una mano, diciéndola:

—¡Vos, vos aquí! ¡Esto es una infamia! ¡Vos, la más pura y la más dulce de las mujeres!

Se expresaba con calurosa convicción.

—Esto no es más que un error. Para acusaros es preciso no conoceros—continuó.

Y muy bajo, de manera que no fuera oído más que por ella, añadió:

—Os amo más que nunca.

Aurora no contestó.

¡El amor!... ¿No había muerto para ella con el marqués de Caylus?

Y además, ¡qué sitio para pronunciar palabra tal!

Los guardias los separaron.

XI

Fuertes y débiles.

El barón entró en el despacho del juez.

Imposible suponer que el personaje que acababa de entrar fuese un acusado ó un testigo.

Físicamente estaba soberbio, floreciente, de un aspecto perfecto y de una elegancia que

hubiera dejado pensativo á Marcelo Danglas, si no hubiera estado tan fuertemente impresionado por la escena que abababa de pasar.

Aurora había demostrado una energía, de la que el juez dudaba triunfar, y leía en la honrada y sarcástica cara de su escribano una desaprobación que no por ser silenciosa era menos significativa.

Se rehizo y dijo con mucha deferencia al barón:

—Hacedme el favor de sentaros, caballero.

Es inútil decir que Catois, que se había apresurado á ofrecer una silla á la joven, no se movió para el barón.

Estudiaba con disimulo sus facciones, de una distinción superior, su frente elevada, su fisonomía, que respiraba inteligencia y audacia, su talle flexible, sus manos nervudas, y sobre todo, sus ojos negros, atravesadores y fríos, y pensaba:

¡Es raro! Este individuo no me dice nada bueno.

El señor Danglas guardó por un momento ese silencio común en los funcionarios que quieren pasar por reflexivos y profundos; Saint-Aubin pudo creer que rodaban en su cabeza las ideas más graves.

El juez se decía sencillamente con secreto despecho:

—¡Jamás llegaré á esa elegancia suprema, á esa gracia desdeñosa, á ese aspecto de gentleman!

Decididamente, aquel Saint-Aubin, de quien había oído hablar con frecuencia, era digno de su reputación de vividor y de modelo de elegantes.

—Caballero—comenzó diciendo el juez,—os he hecho llamar para obtener de vos algunos informes acerca de una carta que se ha encontrado en el domicilio de una tal Aurora Milton, comprometida en el asunto grave, muy grave, de la calle Vanneau.

—El asesinato del marqués de Caylus...

—Perfectamente.

—¡Asesinato que no es tal vez más que un suicidio! — insinuó negligentemente Saint-Aubin.

—¿Supondréis eso?

—Sin ninguna duda.

—¿Quisierais decirme en qué fundáis esa creencia?

—Con mucho gusto. El marqués, á quien tenía el honor de contar en el número de mis amigos, poseía todas las cualidades de un perfecto caballero. Yo no creo que jamás se haya suscitado contra él la menor enemistad. Ahora bien, como parece que ese crimen no ha tenido por móvil el robo, lo atribuyo á suicidio.

—El marqués, joven, rico, feliz, no tenía ninguna razón para renunciar á la vida...

—¿Quién sabe?

—Además, en ese caso, se hubiera encontrado el arma.

—Tal vez. En esos dramas íntimos hay siempre detalles que no se explica uno...

—Esa es una opinión. Volvamos al asunto por el que he tenido el honor de citaros.

No se podía ser más cortés.

—Decía—repuso—que se ha encontrado en el domicilio de esa Aurora Milton una carta vuestra.

—Me pregunto con qué derecho.

—Pero...

—¿En qué pueden interesar á la justicia mis cartas y correspondencias á una joven á quien quiero y cuya hermosura me ha prendado.

—Sin embargo...

—No vacilo en hacer constar que con dolorosa sorpresa la he encontrado hace un momento entre dos guardias, como un criminal.

—Presunciones...

—¿Contra ella?—exclamó Saint-Aubin con energía—¡Vamos! Os aseguro que no tienen razon de ser. ¡Esa joven es todo lo que hay de más honrado, de más puro, de más desinteresado!

—¿Os expresais con calor!

—Facil de comprender. Conozco á esa Aurora Milton. He podido apreciar su valor, su abnegación, su delicadeza. Criada en mi pais, que es el vuestro, segun creo, caballero, sin padres y sin dote, hubiera podido casarse con un joven que poseía un cierto desahogo, con el hijo de su nodriza.

El juez miró con fijeza al barón y preguntó:

—¿Se llamaba?...

—Bernardo Chavarux.

—¿Vos sabéis que ha desaparecido?

—¿Qué decís?

—Lo ignorábais?

—Cierto.

La cara del barón expresó la más profunda sorpresa.

El juez continuó:

—Ese joven, venido á París hace pocos meses y pasante en casa del señor Merlin, no ha vuelto á su domicilio.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace cerca de tres días.

—Alguna locura de juventud, sin duda — repuso Saint-Aubin, sin parecer dar la menor importancia á la interrupción del juez.

Y añadió:

—Ese Chavarux no está perdido; ya parecerá. Tenía un buen porvenir ante sí. Se dedicaba al notariado, y por otra parte, sus padres, jardineros en el castillo de Aubignac, bien conocidos de vos, sin duda, han reunido, según se dice, una fortuna bastante importante para aldeanos como ellos. A pesar de estas ventajas, Aurora Milton ha preferido una vida de trabajo y de privaciones á esa boda que no la sonreía. En París hubiera conseguido encontrar una colocación para ella si no hubiera sido porque se ha sacrificado por una amiga de la infancia incapaz de trabajar, y puesta por culpa de un hombre sin corazón y sin fe en una de las más penosas situaciones...

Catois lanzó una mirada al juez, que no pestañeó.

—En resumen: la he seguido de cerca sin que ella lo sospechara—continuó el barón.—La he visto trabajar con ahinco, no retrocediendo ante ningún obstáculo; buscar inútilmente empleos, sufrir toda clase de afrentas y no desanimarse jamás. Yo sabía que no tenía más que extender la mano para gozar una verdadera opulencia. Que el señor de Caylus estaba dispuesto á darla todo lo que ella quisiese si accedía á sus peticiones. Entonces fué cuando poseído de una verdadera admiración, unida á la simpatía que desde hacía mucho tiempo me inspiraba, la dirigí la carta de que habláis.

—¿Qué os ha contestado?

—¿Tenéis interés en saberlo?

—Enorme.

—No tengo ninguna dificultad en decíroslo, aunque sea un asunto particular que no os importa. Me dijo que lo pensaría; que agradecía mucho mi petición.

—¿Pensáis que lo ha agradecido?

—Eso creo, aunque sea una ilusión.

—¿Y persistís en ese proyecto?

—¿Por qué no?

—¿Aun después de lo que ha pasado?

—Perfectamente, y me atrevo á deciros que esas pruebas me la hacen más querida.

—Mucha fe tenéis—dijo el juez.

—Es que no creo en el mal por estado, por profesión si preferis esa palabra.

—Bien dicho—pensó Catois que sin embargo no podía desechar sus prevenciones contra aquel *gentleman*, glacial, incisivo y mordáz—que en aquella lucha llevaba evidentemente la ventaja.

El juez de instrucción no se sentía á gusto en frente de aquel hombre que poseía sin duda su odioso secreto y no tenía más que hacer un esfuerzo, si lo ignoraba, para conocer el nombre del amante de Elena de Solmes, suponiendo que ella hubiese tenido la generosidad de callarlo hasta entonces.

Quiso tomar la revancha.

—La justicia no busca más que aclarar los hechos—dijo.—Como explicáis entonces la visita nocturna de esa joven de diez y ocho años á un hombre de treinta, en una casita cuya reputación es destestable.

Saint-Aubin replicó:

—Yo no la explico... Tengo confianza... Hé

ahí todo. Y una sonrisa burlona del juez le sulfuró ó más bien fingió sulfurarse, por que en él todo era calculado.

—Si se tratase, dijo entonces con viveza de una joven rica, independiente que hubiera dispuesto de servidores y de dinero, yo no buscaría ni explicación ni excusa. Los pobres no tienen tantos medios á sus servicios. Una joven rica hubiera podido escribir, hacer llevar una carta á cualquier hora que fuese. No la hubiera faltado ni tiempo ni dinero. La señorita Milton, solicitada por el marqués de Caylus asediada por sus súplicas acostumbrada á una cierta deferencia para con él, por circunstancias que ella os revelará si quiere, privada de su libertad durante el día por que no podía moverse de su puesto, podía tener razones de desear una entrevista más íntima, decisiva, que debía poner fin á una persecución que se la hacia demasiado enojosa.

Tal vez, por otra parte, quisiera suplicar al marqués que se interesara por ella, por pura bondad, que hiciera uso de su influencia y la procurara la colocación que ella no podía encontrar, y de la cual tenía una inmediata necesidad; es decir, algún medio de existencia para élla y su amiga, la señorita de Solmes, reducidas á la extrema miseria, como consecuencia de una fatalidad que persigue siempre á los seres más dignos de interés. Sin duda yo la ofrecía un medio seguro de concluir con la miseria, pero no tengo bastante vanidad para creer que ella debió aceptar sin dilación, y tal vez sin vacilación. En una palabra, caballero, prefiero suponer el bien cuando se trata de una joven que tantas pruebas de valentía y de

virtud ha dado, y no me resolveré á creerla culpable de una falta mas que en último extremo, y vencido por la evidencia.

El barón pronunció estas palabras con una dignidad y una fuerza, ante las que Marcelo Danglas se quedó un momento sobrecogido.

¡Cuánto le pesaba haberse encargado de aquella instrucción que había deseado tan vivamente en un principio!

Se hacia peligrosa para él y se erizaba de dificultades.

Por encima de todo temía un estallido, la revelación de su infamia en el asunto de la Sauvetière que él había debido suponer ahogado para siempre.

Quiso hacer sentir á aquel barón Saint Aubin que sería para él una imprudencia hacerse un enemigo de su juez.

Catois, que veía subir su cólera como una nube en el horizonte, se dijo:

—¡Esto va á arder!

No se engañaba.

Marcelo Danglas cambió bruscamente de tono.

—Caballero—dijo—olvidais vuestro papel en este despacho. Estais aquí para contestar y no para interrogar. El asunto Caylus es muy oscuro y nosotros debemos aclararlo. Teneis la bondad de decirme el empleo de vuestro tiempo en la noche del crimen.

Saint-Aubin frunció primeramente las cejas y sonrió.

—Tal vez me creais el asesino del marqués—dijo.—Arrestadme, pues, en seguida.

—Contestad.

—¿Y si me niego?

—Cumpliré con mi deber.

—¡Diablo!

El barón parecía estar sumamente sereno.

—¿De modo --repuso burlándose, por decirlo así de la pregunta del juez-- que todo el mundo está obligado, sin más ni más, sin la menor sombra de razón, á daros cuenta de su vida más privada durante algunas horas?

—Sin ninguna duda.

—¿Únicamente porque á un desconocido malhechor le haya dado la gana de tomar por blanco á un pasante ó de linchar á otro? ¿Estoy, pues, obligado á deciros lo que deseáis?

—Evidentemente.

Saint-Aubin pareció reconcentrarse y murmuró:

—Con la justicia es preciso tener memoria. Procuraré tenerla para dar cuenta á quien corresponda de tal proceder.

—¿Es eso una amenaza?

El barón eludió la pregunta con un simple encogimiento de hombros, y en seguida dijo:

—Pues bien, á las siete y media comí en el Círculo en numerosa compañía.

—¿En qué Círculo?

—El nombre importa poco. Lo diré cuando deba decirlo.

El juez interrogó de nuevo:

—¿A qué hora salisteis del círculo?

—A cosa de las nueve y cuarto.

—¿Y después?

—Esperad... Me hice conducir... á casa de un amigo á quien pensé encontrar...

—¿Su nombre?

—Decididamente esto es un interrogatorio en regla. El conde de Briantes,

—¿Vive?

—Boulevard San German.

—¿Le visteis?

—No. Estaba de viaje y no ha vuelto aun.

—¿Entónces?

—Entré en el círculo. La partida era débil.

—¿Sois jugador?

—Estoy en mi derecho.

—¿Jugasteis?

—No... En lo que estuve también en mi derecho.

—¿Salisteis del círculo?...

—Casi en seguida.

—¿Y fuisteis?...

—A mi casa.

—¿Qué hora era?

—Cerca de las diez.

—¿Podríais probarlo?

—Por el cochero que me condujo.

—¿Y después?

—¿Queréis saber más?

—Contestad sin observaciones.

—Vais á quedar satisfecho. Visité á una adorable mujer de la alta sociedad, una de mis vecinas, en la avenida del bosque de Bolonia, y allí experimenté una verdadera decepción...

—¿Por qué?

—La supuse sola, dando fe á informes que fueron erróneos por desgracia...

—¿De modo que cortejabáis á otra mujer, vos que acabábais de dirigir á esa Aurora Milton una declaración ardiente?

El barón se contentó con sonreír.

—Hay más de una especie de amores—dijo.

—¡Que los que están sin pecado me tiren la primera piedra! El marido, á quien yo creía

en Londres, se encontraba en casa, y hubo un momento en que creí salir por la ventana y este era un papel que yo hubiera aceptado con dificultad. Ese marido es uno de mis amigos... naturalmente. Nos explicamos... Todo terminó á satisfacción de ambos.

—No os preguntó el nombre de esa mujer.

—Querido señor—contestó Saint-Aubin con desenvoltura,—á pesar de vuestra autoridad, ante la cual me inclino, sería en vano. Permanecería mudo, á menos que mi amigo me desligara, en caso de necesidad, de una obligación de que un hombre de honor no puede desprenderse.

—Está bien, caballero. Podéis retiraros—dijo el juez.

Dirigió al barón un pequeño saludo y éste le contestó con otro menos respetuoso aun.

—Me olvidaba deciros—dijo el juez cuando el barón se disponía ya á salir—que os agradeceré que esteis á la disposición de la justicia.

—¿Yo?

—Vos.

—Bien.

El barón salió.

—¡Y bien—dijo el juez cuando se quedó solo con el escribano—he aquí un testigo que no puede menos de ser favorable á esa Aurora Milton. ¡Qué admiración!

—¡Toma!—exclamó Catois de mal humor—todo se lo merece ella.

—¿Y qué pensais de él?

—¿Qué puede importaros eso, puesto que nunca somos del mismo parecer?

—Decidlo de todos modos.

—Yo pienso que ese auvernés ¡dispensadme! es un mocito muy dueño de sí mismo...

—¡Ah!

—Y que sería preciso ser más astuto que él para sacarle lo que no quiere decir.

—¿Habeis tomado notas?

—No he hecho más que eso.

—Es evidente que él no podía estar en la calle Vanneau...

—¿Por qué?

—Porque estaba en el Círculo, y después en casa de un amigo, y por fin, en la de esa dama...

—Sería bueno—dijo Catois—comprobar sus afirmaciones...

—¿Le supondreis culpable?

—¡Yo!... No soy más que un escriba... un simple trasmisor oficial de lo que oigo en las sesiones... No supongo nada absolutamente.

—¿Pero si estuviérais en mi puesto?...

—Procuraría descubrir la verdad.

—¿Dónde está?

—En el fondo del pozo, sin duda.

Catois añadió mentalmente:

—¡Y no serás tú quien la saque de él, zamacuco!

El juez quedó un momento pensativo, y luego preguntó:

—¿Os ocurre alguna idea?

—Sí.

—Confíadmela.

—Hoy no.

—¿Cuándo, entonces?

—Más tarde, cuando esté casi seguro de no equivocarme.

Marcelo Danglas queria desvanecer en lo

posible el mal efecto producido en el ánimo de su escribano por la revelación de Aurora.

—Vamos, sed bueno—repuso con amabilidad.—Dadme vuestra opinión.

—No, ahora no—dijo el escribano;—pero os indicaré algo, puesto que me preguntais.

—¿Y es?

—Que haceis mal en mandar á San Lázaro á una pobre joven inocente.

—¿Qué sabeis vos?

—Tan inocente como una criatura en el vientre de su madre. Y admirable.

—¿Eso os parece?

—Moral y físicamente, lo que es muy raro, señor juez.

—¿De modo que yo debiera ponerla en libertad?

—E *incontinenti*.

—¿Es eso lo que sentís?

—Y presentarla vuestras excusas, pero claras, terminantes.

—Está bien—dijo Marcelo Danglas;—lo pensaré. ¿Tenemos otros asuntos hoy, amigo mío?

—Tenemos una porción de ellos.

—¿Pero pueden esperar?

—Eso depende de vos. Es preciso no cambiar las costumbres. Por un día ó dos más en el depósito, no se morirán los pobres diablos, y aun habrá quien lo agradezca.

—Buenos días, Catois.

—Salud, señor juez.

—¡Hasta mañana á las diez en punto!

—Hasta mañana.

XII

Rumores.

En cuarenta y ocho horas los reporters, las agencias, los polizontes, en una palabra, todo los que suministran notas á los periódicos, á la prensa de Paris ó de provincias, se había agitado, removido alrededor del asunto Caylus.

Durante algunos días, éste debía producir su efecto de curiosidad, que en otro tiempo hubiera alcanzado proporciones enormes.

Los curiosos seguían apiñándose ante la puerta de la casa, cuidadosamente cerrada.

Algunos privilegiados consiguieron hacerse abrir la puerta y visitaron desde la bodega hasta los tejados.

Por otra parte, la edad del marqués Raimundo de Caylus, su reputación como hombre de buena fortuna y de triunfos fáciles, la citada, el arresto de una joven desconocida y de una belleza admirable, todo, en una palabra, se prestaba á los más variados supuestos, y la opinión pública inventaba los dramas más diversos, de los que ninguno se aproximaba á la verdad.

Pero en medio de aquella fiebre de curiosidad, á quien esta noticia de sensación había dejado fría, había sido á Magdalena de Arvil.

Desde que el general Fugeret se había presentado en su casa, para hacerla algunas preguntas, dejando suponer que, más feliz que los demás, él estaba sobre las huellas de la criatura perdida; desde que, al separarse, había reanimado en ella esperanzas muertas, no